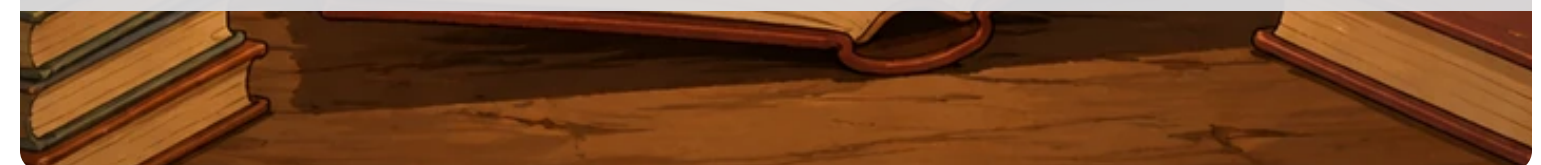




El gran sueño de Valentina

Mariquena Mendoza





En un pequeño poblado rodeado de colinas, la joven Valentina vivía en una humilde casita de madera junto a su familia. A pesar de no tener juguetes caros ni lujos, sus ojos siempre brillaban de curiosidad cuando veía a los niños caminar hacia la escuela. Su tesoro máspreciado era un viejo cuaderno rescatado y un lápiz gastado que guardaba con inmenso amor.



Mientras sus padres trabajaban arduamente en el campo, Valentina ayudaba en las tareas del hogar, pero nunca dejaba de aprender. Por las tardes, se sentaba bajo la sombra de un gran árbol y trazaba letras y números en la tierra con una ramita seca. Con una gran sonrisa, imaginaba que los pajaritos del bosque eran sus atentos alumnos.



Cuando por fin tuvo la oportunidad de asistir a la escuela del pueblo, Valentina caminaba varios kilómetros cada mañana con sus zapatos gastados. A pesar del cansancio y del clima, era la primera en llegar al aula y la última en irse, fascinada por las lecciones que llenaban la pizarra.



La maestra Elena notó de inmediato la sed de aprendizaje y la nobleza de Valentina. Un día, al finalizar la clase, la maestra le regaló su primer libro de cuentos ilustrado y una caja de lápices de colores. Valentina abrazó el regalo contra su pecho sabiendo que ese gesto cambiaría su vida para siempre.



Pasaron los años y los desafíos aumentaron, pues los recursos en su hogar no alcanzaban para cubrir los gastos de sus estudios. Sin rendirse, Valentina estudiaba a la luz de una vela durante la noche y ayudaba a sus vecinos en la tarde a cambio de cuadernos usados.



Con un esfuerzo extraordinario y el apoyo de su familia, Valentina obtuvo una beca para ingresar al instituto de formación docente en la ciudad. Aunque extrañaba las montañas de su hogar y la ciudad la intimidaba, mantuvo firme la promesa de prepararse para enseñar a otros.



Durante sus años de estudio universitario, Valentina trabajaba dando clases particulares por las tardes y repasaba sus libros hasta altas horas de la madrugada. Cada examen aprobado era una pequeña victoria compartida con su pueblo, que la animaba con cartas llenas de cariño.



El día de su graduación fue verdaderamente mágico. Al vestir su túnica con orgullo y recibir su diploma de profesora de educación primaria, Valentina buscó a sus padres entre el público y los vio llorar de alegría.



Años después, Valentina regresó a su querido pueblo para inaugurar una colorida escuela comunitaria. Con el corazón colmado de felicidad, dio la bienvenida a su primera clase de niños sonrientes, dispuesta a brindarles las mismas oportunidades que a ella le transformaron la vida.



Bajo la sombra del mismo gran árbol donde alguna vez jugó a enseñar, Valentina observa hoy a sus alumnos leer con entusiasmo. Con el viejo lápiz de su infancia guardado en su escritorio como recordatorio, Valentina logró salir adelante y convertirse en la maestra ejemplar que siempre soñó ser.